

Introducción

En Berlín todavía eran palpables los estragos de la Segunda Guerra Mundial; Stalin y Truman iniciaban la Guerra Fría; los horrores del Holocausto se iban desvelando, y en un pequeño rincón de Oriente Medio nacía un nuevo país: el Estado de Israel. Era el 14 de mayo de 1948. En Tel Aviv, Ben Gurión acompañado de los líderes sionistas, proclamaba solemnemente el nacimiento del único Estado judío del mundo. A sus espaldas, un par de metros por encima de su cabeza, clavado en el muro, colgaba el retrato de un hombre con luenga y espesa barba negra y mirada penetrante: Theodor Herzl, fundador del sionismo político.

Nacido en 1860 en Budapest, en el seno de una familia burguesa judía, soñó con ser un gran dramaturgo y acabó sus días como el líder del movimiento que pretendía fundar un Estado Judío. Cuando en 1895 se convirtió al sionismo, la idea ya llevaba varios lustros esparcida entre varios grupos de judíos; sin embargo su fuerza era escasa, estaban muy divididos, no tenían un órgano central y apenas atraía a unos pocos de miles de entusiastas afincados fundamentalmente en las tierras bajo soberanía rusa. En el momento en que Herzl murió, 1904, el sionismo no solo era un movimiento sólido, con unos estatutos claros, una organización mundial con un banco y un fondo encargado de comprar tierras en Palestina, sino que era un movimiento conocido en todas las cancillerías europeas y había empezado a tomarse en serio en los círculos de poder.

El movimiento articulado por él, conseguiría que en 1917 el gobierno inglés proclamara que los judíos tenían en Palestina «un hogar nacional judío» —Declaración Balfour— y el que finalmente conseguiría fundar el Estado de Israel tal como lo conocemos hoy día. ¿Se hubiera dado este acontecimiento sin la enigmática figura de Theodor Herzl? No lo sabemos, ni realmente importa para la Historia, que nunca usa el «qué hubiera pasado si...», pero poca duda puede haber de que ese judío húngaro que se convirtió en vienés por propia voluntad, tuvo un papel decisivo en uno de los acontecimientos cruciales del siglo XX —el nacimiento del único Estado Judío del mundo—.

Teniendo en cuenta su importancia, no es extraño que la historia de su vida haya sido relatada innumerables veces y que se haya escudriñado hasta en los más mínimos detalles de su existencia: su pensamiento político; sus relaciones diplomáticas; sus conflictos interiores con respecto a su judaísmo; la vida de su familia, etc. Pero, en la mayoría de los casos, esos estudios se han hecho en inglés, aunque también existen unos pocos en alemán, francés y hebreo. Sin embargo, en español lo que existe o tiene más de sesenta años¹, o lo más moderno, la novela de Miryam E. Gover² de 2004, no se puede considerar un trabajo que se ajuste demasiado a lo que nos aportan los documentos: aunque el libro está bien escrito y, sin lugar a dudas, está bien documentado, utiliza el material de forma claramente sesgada al presentar a Herzl como un hombre sin fisuras y con un ambiente familiar idílico, todo lo contrario a lo que el mismo Herzl dejó reflejado en sus memorias.

Debido a lo anterior, esta biografía personal y política pretende acercar al público hispanoparlante la figura de Theodor Herzl, utilizando de forma crítica la inmensa mayoría de lo publicado hasta el día de hoy. Dos han sido los ejes sobre los que se ha construido la narración: el personal, con todas sus implicaciones en el terreno de la política, y el contexto en el que se movió. Ha pasado mucho tiempo desde que, en la segunda mitad del siglo XIX, Carlyle dijera que la Historia se podía resumir en la historia de los grandes hombres; pero también, gracias a Dios, se han dejado atrás los excesos de las interpretaciones históricas en donde el sujeto había dejado paso a las estructuras socioeconómicas, siendo el personaje una mera comparsa de unos procesos históricos sobre los que él no tenía control ninguno.

¹ El publicado por la Federación Sionista Argentina, *Theodor Herzl...*, es de 1938; y el de Goldstein, M., *El Camino hacia Israel...*, de 1950.

² Gover de Nasatsky, Miryam Esther, *La Pasión de un Visionario...*

Las estructuras tienen un papel indiscutible y difícilmente un judío burgués, cuya máxima aspiración fue durante gran parte de su vida la de convertirse en un connotado dramaturgo, hubiera dado el paso de convertirse en sionista si no hubieran coincidido en espacio y tiempo una serie de factores que le permitieron dar ese gran salto: el auge de los nacionalismos en Centroeuropa que hizo que grandes masas de judíos, al no pertenecer lingüísticamente ni culturalmente a ninguno de los nuevos movimientos, se encontrasen en terreno de nadie y, por lo tanto, buscaran su propio nacionalismo; un creciente antisemitismo de corte racial, que impidió a muchos judíos asimilados y aculturados integrarse en las sociedades que los habían acogido; una coyuntura internacional que hacía probable, por pequeña que fuera esa posibilidad, la obtención de un Estado judío en la tierra de sus ancestros, gracias a las potencias coloniales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, tales como Alemania, Inglaterra y en menor medida Rusia.

Las estructuras políticas, económicas, religiosas y culturales favorecieron que el periodista se convirtiera en el líder político, pero no fueron las únicas causas. Educado desde su niñez para destacar, Herzl necesitaba del éxito casi tanto como del aire. Un enfermizo sentido de la dignidad y del honor, aunado a una exquisita sensibilidad para captar lo que sucedía a su alrededor, le hicieron ver que el antisemitismo creciente no era un movimiento pasajero sino una verdadera fuerza que iba a arrasar al judaísmo centroeuropeo. Es seguro que Herzl nunca se imaginó que el antisemitismo llegase al extremo del Holocausto, pero sí predijo, y lo hizo muchas veces, que la persecución contra los judíos solo acababa de empezar, que aumentaría en calidad y cantidad y, por eso, era urgente buscar un lugar donde los judíos pudiesen sentirse seguros y pudieran dirigir sus propios destinos. Así, encontró en el movimiento sionista la solución para todos los males de los judíos y también el lugar para su propia redención personal: encontró en el sionismo la notoriedad que el teatro le negó. De esta manera, lo personal —el deseo de éxito— se entrelazó con lo estructural —la necesidad de solucionar de raíz lo que se llamó la Cuestión Judía—.

Lo normal al escribir una biografía es «enamorarse» del sujeto de estudio. Sin lugar a dudas eso ha pasado también en este libro. Tras innumerables horas leyendo sus memorias y sus escritos políticos es fácil acabar alegrándose con sus alegrías y entristeciéndose con sus tristezas. No es difícil encomiar su gran abnegación y constancia en formar un movimiento que le dio muchos más disgustos que buenos momentos. No deja de sorprender la atracción que ejercía entre

aquellos que lo conocían, incluso entre sus propios enemigos. No puede uno menos que admirarse al ver cómo un hombre sin más apoyo que el de su trabajo como famoso periodista, fue capaz de llevar un movimiento prácticamente desconocido a las mesas del Kaiser, del sultán o del *Foreign Office*. Y lo más atractivo en su persona es la gran sinceridad que nos ha permitido conocer gran parte de sus profundas contradicciones internas. Sin embargo, no he tomado una postura apologista, como lo haría Alex Bein —el primer biógrafo que pudo contar con sus memorias íntegras, así como con sus innumerables cartas a amigos y políticos—, ni como harían otros muchos hagiógrafos, de los que no me he tomado ni siquiera la molestia de citar por su claro tinte propagandístico y que poco aportaron desde el punto de vista documental. Pero tampoco he adoptado una actitud hipercrítica, como lo harían Stewart, Pawel o Falk. Sin lugar a dudas, Herzl era un hombre con grandes defectos: la ingenuidad política, los sueños de megalomanía, el estilo autoritario y, no sería el menor, el maquiavelismo jugado en el apoyo al sanguinario sultán en contra de la minoría armenia, por no decir de su incapacidad para ver lo obvio respecto al problema que generaría su nuevo Estado Judío entre la población nativa. Sin embargo, me parece que en muchos casos esos autores, siendo realmente excelentes en cuanto a la documentación, incurren a veces en graves injusticias al valorar a Herzl, ya que al destacar mucho más lo negativo que lo positivo dejan sin contestar la gran pregunta: ¿cómo un hombre con tantos defectos pudo llevar a cabo una obra de tal calibre? Para mi gusto, la mejor biografía hasta el momento es la de Amos Elon, tanto en forma como estilo. Elon adopta un estilo irónico, y no podía dejar de serlo al leer las memorias de Herzl, donde de forma diáfana nos muestra su inmadurez afectiva y, con no poca frecuencia, su infantilismo al enfrentarse con graves problemas internacionales. Pero Elon no deja de alabar su gran capacidad de trabajo, su constancia, su generosidad sin límites y su magnanimidad.

Entre los estudios sectoriales, entiendo que en el de Jacques Konberg, que intenta averiguar cuáles fueron las razones íntimas que le llevaron a Herzl a realizar su conversión sionista, está la clave para entender a un hombre educado en un ambiente en el que le hubiera sido más fácil convertirse en cristiano que comprometerse con las causas judías —pensó en bautizar a su hijo—. Sin embargo, acabó liderando el movimiento para establecer el Estado Judío. El estudio de esa conversión interior nos ayuda a entender por qué Herzl quiso un Estado Judío donde lo específicamente judío estaba muy aminorado; de ahí sus grandes enfrentamientos con los sionistas que deseaban un Estado Judío con alma judía y no

un Estado cosmopolita con alma europea, tal como lo reflejó Herzl en su novela *Altneuland*.

Los documentos más importantes para conocer su vida proceden de sus dos diarios: el de juventud, que no se ha traducido al inglés; y el sionista, que fue traducido íntegramente a ese idioma en 1960 (en alemán se publicaron muy sesgados cuarenta años antes). Además, multitud de cartas y escritos han sido traducidos al inglés en los numerosos artículos académicos que han aparecido a lo largo de estos más de cien años.

Todas las traducciones del inglés al español son mías. No cabe la menor duda de que la doble traducción, del alemán al inglés y de este al español, ha tenido que producir un efecto negativo en la cuidada y elegante prosa decimonónica de Herzl, sin lugar a dudas muy cursi para los criterios actuales. Pero, aunque estaríamos siendo doblemente traidores a su estilo, no creo que haya problemas con el fondo. Herzl fue un político y no un gran pensador, por lo que sus textos ideológicos son claros y sencillos —ingenuos en muchos casos, anotaría yo—, de modo que no es difícil su interpretación y, por lo tanto, tampoco su traducción.

Este libro no se podría haber escrito sin el apoyo de la institución para la cual trabajo como profesor, el Instituto Tecnológico Autónomo de México, en México D.F., y de la Asociación Mexicana de Cultura A.C. Gracias a ellos, personificado en el aliento de Arturo Fernández, rector del ITAM, y en José Ramón Benito, director de la división departamental a la que estoy adscrito, he podido pasar largas temporadas en bibliotecas de Oriente Medio y de Inglaterra. Petra, encargada de apoyar a los investigadores con la búsqueda de material, me ha ayudado enormemente para conseguir algunos artículos y libros difíciles de localizar. José Benarroch fue más que útil para acceder a la Biblioteca de la Universidad Hebrea. Gracias al profesor Michael Berkowitz, del College University of London, he podido utilizar los enormes recursos de esa prestigiosa institución. Mis amigos y colegas Carlos Pérez, Mauricio López Noriega, Brad McBride y Julián Meza, tuvieron la paciencia de leer las pruebas de este manuscrito y me hicieron importantes sugerencias que he añadido con gusto. También tengo que agradecer las gestiones para su publicación a Juan Carlos Herranz, colega de mi institución; a Rocio Mier y Terán, de la Universidad Panamericana; a Jesús Rico, de la Universidad de la Rioja y a Carlos McCadden, del ITAM.

Escribir un libro es una tarea solitaria y no siempre agradable. Quiero expresar mi agradecimiento a mis amigos mexicanos que tanto me animaron en los momentos de cansancio, especialmente a Andrés Arce, y a los amigos que encon-

tré en la residencia para profesores en Hampstead, donde escribí gran parte de este libro y con los que pasé numerosas veladas y excursiones por los alrededores de Londres.

Hampstead, Londres, 2 de mayo de 2010.